

LA BIBLIOTECARIA ES UNA VAMPIRA

Feliza Marro

ILUSTRACIONES DE **Mariajosé Marro**

NUESTRO REFUGIO

En esa época nadie iba a la biblioteca, siempre estaba cerrada, y los que íbamos, solo pasábamos a jugar y comer a escondidas entre los librereros más desordenados que alguien haya visto jamás.

Los estantes servían para nuestras rutinas de escalada mortales y lanzamientos al vacío. Todas las repisas estaban interconectadas por autopistas de moho y telarañas, y las montañas de libros nos servían para crear colchonetas de papel y túneles imaginarios. Así era nuestro refugio, el lugar perfecto

para divertirse y hacer mucho ruido... hasta que dejó de serlo.

El día en que llegó la señorita Fifi Chonchillos, el mundo cambió por completo. Me refiero a nuestro mundo secreto, oscuro y desordenado que era la biblioteca. La presentaron como una escritora desconocida que tenía el potencial de rescatar lugares como estos y, al principio, todos parecían fascinados con ella. Era como una salvavidas, solo que no estaba salvando nuestras vidas, más bien las estaba arruinando desde el momento en que pisó la biblioteca con sus botas de goma extra grandes, su tez blanca como el yogurt natural, su sonrisa malévolas y sus lentes color rojo sangre. Ese lunes, todos presenciamos el amargo momento en que ella sacó su aerosol de lavanda, paños con cloro, plumero y escoba para entrar en acción.

Nuestro refugio estaba siendo transformado en pocas horas, y ver cómo sucedía era horrible.

En los recreos fuimos a espiar cómo aquella mujer removía nuestras queridas telarañas, sacudía y sacaba las cortinas mohosas, limpiaba los libreros llenos de caca de rata, abría las ventanas y convertía aquella sala tan oscura y húmeda en un rincón celestial lleno de luz y olor a lavanda. ¿Qué podíamos hacer para recuperar nuestro espacio?

La pena nos embargaba, pero no nos quedamos sin hacer nada. No, sabía que esta emergencia requería medidas especiales, y yo, Wilomena

Delgadillo Ostra del 5^oC —presidenta de curso y la mejor en vocabulario por tres años consecutivos—, juro hacer todo lo que esté en mi poder para sacarla de nuestro refugio secreto. ¡He dicho!

TAREA DE GRUPO

La señorita Chonchillos llegó el día lunes 18 de abril y el plan era sacarla en el menor tiempo posible; dos semanas como máximo. Primero debíamos averiguar más sobre ella, y lo digo en plural porque no es trabajo para una, tengo un equipo de expertos. Chicos y chicas geniales con habilidades únicas y con un lazo en común: el refugio que descubrimos juntos. Ya hablaré de eso más adelante.

Este es el club del refugio y yo soy su líder, así que tiendo a mencionarme primero, pero sin querer; es que eso de tener un nombre que inicia con W

siempre te deja al final de cualquier lista. Por eso quiero aprovechar este momento de inspiración para anunciar nuestros roles en la recuperación de nuestro paraíso secreto.

Yo y mi amiga Julia Mena, quien tiene el mejor promedio y también es la tesorera del curso, investigaríamos acerca del pasado de Fifi; seguro es bien oscuro y escabroso (¡Oh! ¡Cómo amo esa palabra! Con ella gané el último concurso de vocabulario). Chomi Niglobito es el chistoso/poético del grupo; el niño que llena siempre las hojas con anotaciones negativas por sus atrevimientos líricos, pero que, a la vez, es un excelente lector. Su misión sería leer todos los libros de Fifi para averiguar sus puntos débiles. Por último, Andrés Seco y Michi Ananá, mejores amigos desde el kínder, le conversarían para distraerla de sus labores y arruinar el orden. Eran especialistas en el bla blá y serían vitales para nuestra misión.

El club estaba listo para entrar en acción y nada ni nadie nos detendría. El timbre del primer recreo del martes 19 de abril fue nuestro punto de partida. Sin embargo, algo no andaba bien. Primero, un montón de cajas con cartuchos de tinta para impresora nos impidieron la entrada a la biblioteca. ¡Jamás alguien había pedido tanta tinta! ¿Acaso la nueva bibliotecaria planeaba imprimir copias de sus ignotos libros allí dentro?



En ese momento, la siempre alterada directora, Nelsa Acedo, andaba por el pasillo y observó todo con cara de asco y espanto; un rostro igual a una rebanada de mortadela chamuscada, pero «con valores», porque así se definía a sí misma: «una mujer de valores». Verla recibir la docena de cajas de tinta la hizo rabiarse todavía más, y pensé que le diría algo, pero solo tomó nota en su libreta y dijo:

—Esa novata. Pfff. Nadie autorizó eso... —gruñó para sus adentros y se alejó con prisa. Tal vez tenía otra emergencia porque su celular le retumbaba en la nalga, dejando a la vista una ola que cruzaba todo su enorme cuerpo de pulpo.

Mientras tanto, yo y Julita navegamos en internet por un buen rato, pero no pillamos nada sospechoso. Tampoco en sus redes sociales. Fifi solo tenía fotos de libros, panorámicas aéreas, esos bichos raros llamados chonchillos (como su apellido) y decenas de imágenes de frascos de tinta de distintos tamaños y colores. Un vago avance de investigación. Aquí aplica una carita triste 😞. Lo mejor de hoy vino gracias a Chomi. Diría que fue extraordinario. Lo vimos llorar de emoción al leer los tres primeros capítulos de una novela que Fifi Chonchillos había escrito sobre un niño que se convertía en un roedor gigante. Se la pidió a un amigo y la sigue leyendo y tomando anotaciones, como si fuera para una prueba real.

En cuanto a Seco y Ananá, mejor conocida como Piña, la cosa fue desalentadora. Ninguno logró hacerla hablar mucho, ni menos distraerla para hacer desorden, porque sus «imbatibles preguntas de inicio de conversación» no les habían dado resultado: ¿Dónde nació? ¿Por qué vino a trabajar aquí? ¿Qué soñó anoche? ¿Le gusta el chocolate? Según ellos, ninguna recibió una respuesta larga. La intrusa/bibliotecaria solo respondió: en el planeta Tierra; me gustan las bibliotecas; con un montón de ratas; Sí... Sonó demasiado breve para ser un ser humano.

Al reunirnos al final de la jornada discutimos sobre los paupérrimos avances que hicimos, mientras Chomi terminaba el libro de Fifi con los ojos inundados de lágrimas. De repente, apretó los puños y se tomó el corazón con la mano. Creímos que algo trágico le sucedería, pero en cambio solo dijo:

—Estoy inspirado, conmovido. ¡Quiero ir ahí y abrazar a ese roedor! —habló secándose toda su cara, y luego concluyó—. No veo nada malo en ella, NADA. No la sacaré de la biblioteca. Quiero ser su amigo. ¡Quiero ser escritor! ¡Adiós, borregos!

Y así fue como perdimos al primer integrante del club del refugio.